

minación de la zona de conocimientos, Carrel es incapaz de dar una explicación sociológica que complete y corrija las puramente biológicas que da para tratar de despejar la "incógnita del Hombre".

La crítica no puede ser más apropiada, ya que en el momento en que la crisis abre sus fauces es cuando más se precisa de un apoyo firme y no de uno fingido que lo único que hará será ayudarnos a caer más pronto al apoyar sobre base tan inestable el peso de nuestro cuerpo y... más aún, de nuestro espíritu.

DIEGUES JUNIOR, MANUEL: *Etnias e culturas no Brasil*. Os Cadernos de Cultura. Río de Janeiro, Brasil. 1952.

A Manuel Diegues Junior puede considerársele como un especializado sociólogo empeñado en desentrañar los misterios encerrados en la complejidad étnica, social y cultural del Brasil. Sus estudios monográficos son lo bastante conocidos como para dispensarnos de su mención en esta nota; sus trabajos de conjunto —a cuya categoría pertenece éste— tienen esas dos virtudes que, al decir del padre Gracián, se prestan mutua relevancia: brevedad y densidad de contenido.

Diegues Junior se nos muestra en este libro capaz de realizar la hazaña de delinear en 75 páginas el panorama vasto y complejo de las relaciones raciales y culturales en el Brasil; relaciones que se inician desde la temprana época en

que Pero Vaz de Caminha, cronista de la expedición de Pero Alvares Cabral, muestra sus capacidades de etnógrafo y sociólogo en sus descripciones de los pueblos nativos y en las de los primeros contactos entre los lusitanos y los aborígenes brasileños.

A partir de esa época, el panorama se despliega ante nuestra vista en toda su amplitud: a las primeras influencias mutuas entre los portugueses —que muestran lo opimo de sus capacidades adaptativas— y los indígenas belicosos poseedores de una energía en pleno período de expansión, se viene a agregar pronto un tercer elemento disímil tanto antropológica como cultural y lingüísticamente: el negro.

No obstante la belicosidad de las tribus indígenas, el portugués pronto se nos aparece como colonizador más que como conquistador, y la vida de interacciones raciales y culturales de las primeras épocas del Brasil adquiere la triple determinación de latifundista, monocultivadora y esclavista.

Sin embargo, el lugar geométrico de los intercambios culturales y sociales puede ser, en términos generales, la hacienda o "fazenda", pero esto no es siempre así, y en cada región aparecen determinaciones tópicas características: los ingenios en el litoral, los corrales o haciendas de ganado en el interior "nordestino" los núcleos agro-extractivos en la Amazonia, las vetas de oro y diamantes en el centro interior, las estancias gauchas en el sur.

Y como la localización, la misma estructura étnica de los tres grupos primitivos favorece la fragmentación calei-

doscópica, ya que ni el elemento lusitano ni el indígena ni el negro son racialmente homogéneos, la calidad de mosaico del Brasil se evidencia, y Diegues Junior se encarga de mostrárnoslo al detalle en sus páginas en las que nos habla —en relación sólo con los indígenas— de cuatro grupos bien establecidos (Tupi, Ge, Caribe y Maipure) y otros cuatro de carácter dubitativo.

De allí que la indicación o el reconocimiento de la herencia cultural recibida por la actual cultura brasileña de sus tres grandes formadores, se torne más difícil, ya que como el mismo autor asienta, es desconocer la realidad el hablar en términos generales de “herencia indígena” o de “herencia negra” sin pasar a determinaciones más precisas.

No obstante, considera que hay ciertas subrayantes generales, y es así como enumera algunas de las contribuciones de los elementos indígenas, portugueses y negros. De los primeros, cita algunos procedimientos de caza y pesca, la agricultura, los instrumentos musicales, las prácticas mágicas, algunas actividades recreativas, algunas palabras del lenguaje corriente. De los portugueses reconoce los aportes fundamentales de la organización social, la religión, la lengua, el arte y el ethos, y, desde el punto de vista material, la construcción de los poblados con su disposición de casas y sus calles sinuosas trepadas en los montes. El aporte del negro estriba, principalmente en la organización económica, en prácticas religiosas, en danzas, en vocablos y modos de decir incorporados al portugués.

Sin embargo, en ninguno de los tres casos da el autor simples enumeraciones, sino que se complace en mostrar las

facilidades o dificultades interpuestas por el ambiente físico o cultural a la adopción al sincretismo o al rechazo de ciertos elementos; es así como señala las adaptaciones que hubo de sufrir la arquitectura traída de Portugal, debido a la escasez de materiales apropiados para la construcción; muestra asimismo, el sincretismo de las prácticas religiosas cristianas y negras, y la forma en que la base lusitana del folklore se matizó con cuentos e historias indígenas, etc.

Con todo, Diegues Junior no se reduce a apuntar e interpretar las primeras influencias, sino que indica asimismo los posteriores aportes, los del siglo XVIII en el que la exploración de las vetas de oro y diamantes de Minas Gerais provocó grandes movimientos de población, y una inmigración intensa de italianos y alemanes, primero, y de japoneses después. Estos núcleos tenían que influir en la elaboración cultural brasileña, pero tenían que hacerlo —y lo hicieron— en forma específica, lo cual no empuja a que se pueda trazar como rasgo general de la inmigración extranjera, el trabajo familiar o la exploración agrícola resultante de la unidad doméstica del trabajo, y la capacidad de los inmigrantes para elevarse económica y socialmente; como aporte común de estos posteriores inmigrantes, anota la reacción que muestran contra el monocultivo.

Vuelve a trazar apuntamientos sociológicos al caracterizar a los italianos como respetuosos de la organización social y económica y política del país, y a los alemanes por su mayor aislamiento y sus menores índices de transculturación. El libro finaliza con un capítulo en el que las diversas influencias se integran en la unidad constituida por el

panorama humano y cultural del Brasil actual.

BAGU, SERGIO: *Economía de la Sociedad Colonial*. Librería El Ateneo, Editorial. Buenos Aires, 1949.

Desde los albores de la ciencia sociológica, se señaló como uno de los métodos que en ella debieran considerarse como excelentes, el método comparativo que, al poner en parangón hechos o fenómenos sociales, logra captar lo que como subrayados y esencias comunes hay entre ellos, y lo que en sentido estricto da su fisonomía propia, intercambiable, histórica, a cada uno de ellos.

La labor de quien por tales procedimientos trabaja sobre la masa confusa de una serie de acontecimientos superpuestos en el devenir, se cumple en forma semejante a como se realizó la emprendida por Júpiter al hacer surgir del caos un mundo armónico, perfecto, limitado. En el caso de la sociología, la historia nos brinda sus materiales como el mar y la tierra primigenios, en una mezcla extraña; cumple al sociólogo separar a unos de los otros y, asignándoles sus respectivas jurisdicciones, brindar una delineación clara, comprensible, de los hechos y fenómenos originados en la humana convivencia.

El autor de este libro ha comprendido el alto papel que le está asignado al sociólogo gracias a la excelencia de este método y, con muy buena visión, ha decidido aplicarlo en donde mayores frutos puede brindar; ha huído de la fácil tentación por las síntesis omnicomprensivas que, a base de querer abarcar tanto, dicen tan poco, y en un esfuerzo de deli-

mitación consciente, ha hecho motivo singular de sus preocupaciones la historia comparada de América Latina. Esta demarcación de fronteras era indispensable; para hacerla, el autor ha tenido en cuenta la presunción de homogeneidad de los fenómenos americanos, hipótesis de trabajo cuya bondad se acredita en los resultados obtenidos en la obra.

Un esfuerzo de este tipo era necesario, más aún si se tiene en cuenta que a esta obra sintetizadora de los grandes lineamientos de la economía social de la colonia, precedieron en las dos décadas inmediatamente anteriores, una serie de monografías relativas al mismo tema, y las cuales se ocupaban de cada uno de nuestros países en particular.

La posibilidad de tener a mano tales estudios, la sólida preparación en el campo económico, y el conocimiento histórico y sociológico del autor han permitido a la obra estructurarse en una manera tal, llegando a conclusiones que bien pueden considerarse como indispensables puntos de partida de investigaciones posteriores.

Los problemas de la economía indígena precolombina que tantos aspectos apasionantes tiene para sus estudiosos son enfocados en primer lugar, tomándolos como punto de partida y fermento que ha de dar lugar a la formación tanto histórica como estructural de la economía colonial a la que se contempla en el proceso evolutivo, cuya descripción incluye los aspectos de la lucha económica mundial que habían de repercutir en el desarrollo económico colonial, los procesos de producción que permitían ese mismo desarrollo, y la forma en que porciones importantes de la población quedaban al margen de ese desenvolvimiento.